

El último homínido a vuela pluma

Fernando Diez Martínez.
Breve historia del Homo sapiens.
Toomboktu. México. 2014. 255 pp.

Hilario Topete Lara

Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH

Algunas de las preocupaciones fundamentales del hombre han sido desvelar el origen de su especie; conocer la profundidad que su condición humana alcanza en el tiempo; saber con precisión acerca de su filogénesis en tanto animal, primate, homínido y, por encima de todo, lo que lo hace humano y lo distancia de sus antecesores y de otros animales contemporáneos, todo ello como forma de pensar en el lugar que ocupa en esta unidad que es el Universo, siendo, como es, diverso en él. Pero su condición humana está indexada a su condición homínida, y conocerla requiere ir a los orígenes —de ida y vuelta— con todas las herramientas posibles; de no hacerlo, el viaje está condenado a repetirse una y otra vez para llenar vacíos y corregir yerros. Un viaje así realizó Fernando Diez Martínez en su *Breve historia del Homo sapiens*, cuya brevedad no está sujeta a discusión; sin embargo, acusa arrojo y omisiones que no es posible dejar de considerar al leerlo.

En principio, la creación, y consecuentemente el fijismo, para el mundo católico, islámico y judaico se establece en el Génesis [1-16, 1-27 y 2-7], igual que el origen del hombre y la mujer [Génesis: 2-21 y 2-22] y el problema queda resuelto. Entre los mayas, según el *Popol Vuh*, los dioses Tepeu y Gucumatz (*Kukulkan*) fueron los creadores de los hombres; los yoruba saben que Oduduwa, por indicaciones de Olorum e intermediación de una gallina, hizo que los seres humanos emergieran de un árbol; Pachacamac, según los incas, creó a la pareja primigenia, y Quetzalcóatl fue el creador de los hombres del *Cem Anáhuac*. Aunque no son los mismos ejemplos usados por Diez, ésta es la primera idea expuesta en su libro, y de la que se desprende inmediatamente para revisar las ideas del origen del hombre entre los griegos, durante el medievo, la modernidad y la ilustración. El fijismo caminó

campante: si todo permanecía igual, desde la creación, las creaturas, en su perfección, no podían ser sujetas al cambio. Justo por esa vía introduce las referencias a quienes, como Linneo, aún cautivos del creacionismo, sentaron las bases para el transformismo darwiniano; y suma a ellas las del abuelo Darwin, y las de Lamarck y Wallace, con pinceladas relampagueantes y precisas, para centrar su atención en el transformismo de Charles Darwin como el eje central de su obra.

El viejo y superado esquema filogenético —según el cual los australopitecinos cedieron el lugar al *Homo habilis*, éste al *H. erectus*, *H. Sapiens*, *H. sapiens neanderthalensis* y al *H. Sapiens sapiens*, sucesivamente— ni siquiera alcanza a aparecer como fantasma. La riqueza de restos fósiles y la relativa precisión de la temporalidad —gracias a las pruebas de radiocarbono, termoluminiscencia, arqueomagnetismo, y de potasio/argón, entre otros, así como la asociación de restos homínidos con materiales líticos, palinológicos y osteológicos— han permitido reconstituir un rompecabezas evolutivo de los homínidos hasta el último de sus supervivientes: el ser humano contemporáneo.

EL PRIMER HUMANO

Hay a lo largo y ancho del trabajo de Diez una preocupación que aqueja también a algunos científicos, amantes, artistas y religiosos, por citar a algunos tipos humanos: la primeridad; a Diez le ocupa determinar cuál fue el primer humano y por qué, y lo encuentra en el primer *Homo*, aunque pone en tela de juicio que sea el *H. Habilis* el primero. No le falta razón. Una cosa es reconocer la inteligencia (en chimpancés, delfines e incluso el “hombrecillo habilidoso”) y otra es reconocer que cualquier género y grado de inteligencia hace a un animal humano... y no es cuestión de prejuicios, sino de complejidad. En efecto, es común leer en los paleoantropólogos que la inteligencia manifiesta del *H. Habilis* lo hace acreedor al título del primer homínido humano, lo que me parece desafortunado. Ya en otros espacios, desde hace casi una década, y desde diferentes propuestas ensayísticas que me ayudaron a comprender al ser humano [Topete 2006, 2008a y 2008b], había propuesto destronar a este homínido de tan específico sitio. La razón era muy elemental: si hoy existe consenso en que lo característico de nuestra especie es la cultura (y todo lo que anatómica, neurofisiológica y genéticamente, en lo esencial, la hace posible), entonces habría que rastrear en fósiles, restos y productos las evidencias de esa producción inteligente específica.

Jordi Sabater Pi [1992] había avanzado un excelente trecho en la búsqueda, no de la inteligencia en los primates contemporáneos más cercanos al ser humano, sino de la cristalización (plasmación) de la inteligencia. Los chimpancés y su creatividad le dieron excelentes pistas para considerar como actos inteligentes “cazar” termitas con una ramita deshojada con los dientes, romper cortezas duras de alimentos para extraer su pulpa o defenderse lanzando piedras u otros objetos contra sus agresores. Esto, según el primatólogo, no podía sino evidenciar inteligencia y ser la prueba clara de una producción protocultural; pero, si así fuera, ¿cómo identificar, entonces, la cultura en el proceso de hominización? ¿Podría ser a partir de juegos de inteligencia, por ejemplo, con ejercicios de teoría de la mente, como propone R. Dunbar [2007], si no existe ningún I. Q. fosilizado? Diez propone algo más tangible y perdurable: la producción lítica y los complejos procesos inteligentes requeridos para producir artefactos, una idea con la que estoy plenamente de acuerdo desde que la propuse hace casi una década [Topete 2006, 2008a y 2008b]. En efecto, cuando Sabater Pi afirma que las complejas operaciones de un chimpancé que utiliza elementos de la naturaleza y los modifica para satisfacer necesidades, sólo alcanzan para generar protocultura, hace gala de una precaución epistemológica similar a la de Diez: la “industria” de lascas olduvayense atribuida al *H. habilis* consta de una operación simple: selección de un núcleo y un percutor, un golpe en el lugar preciso y ya. Entre esto y la preparación de una rama sin hojas para atrapar termitas, o el uso de un “yunque” y un “martillo” por la nutria de California, no hay mucha distancia en tanto que ambas expresiones, a las que prefiero llamar “protoculturales”, son sólo utensilios y no herramientas. Asimismo, y como corolario, los australopitecinos y *H. Habilis*, al parecer, “se conformaron” —durante más de dos millones de años— con un olduvayense que dice poco en favor de una inteligencia compleja y una cultura diversificada.

Pero Diez, en un momento determinado y en un posicionamiento definitivo, escribe:

Pero hace 1.6 m.a. el ergaster fue responsable de una invención genial: el hacha de mano o bifaz. El bifaz es resultado del proceso minucioso de talla de un canto o una gran lasca en sus dos caras (de ahí su nombre), de tal modo que el resultado final presenta un filo cortante en buena parte de su contorno. El hacha de mano constituye el artefacto más representativo del segundo gran complejo tecnológico conocido como el achelense... el artesano ergaster estaba plasmando sobre la piedra (de forma planificada y deliberada, unos diseños

que ya estaban presentes previamente en su cabeza [...] estaba obligado a seguir determinadas reglas geométricas complejas [...] [Diez 2014: 135-136].

Con tales atributos, *H. Ergaster* nos es presentado como la primera subespecie a la que puede llamarse, con propiedad, “humano”. Sin embargo, bien vale la pena recordar que aunque el achelense constituye una evidencia de un pequeño salto (de la utilización de lascas para carroñear, más que del núcleo protobiface, al evidente uso de la biface para tajar y cortar con impacto, quizá “con intenciones” de caza), no sufrió significativas modificaciones por más de medio millón de años, a pesar de las diversas especies de homínidos a las que, según Diez, se encuentra asociada la industria lítica. La verdadera explosión de los fuegos de la mente parece más manifiesta en el musteriense, en el chatelperroniense y en el solutrense, sobre todo en este último, que no tan sólo evidencia la diversidad de formas, técnicas y materiales, sino algo más: el uso de dos elementos tomados de la naturaleza para crear un tercero, como son los objetos enmangables y arrojadizos; es decir, que evidencian la confección no de utensilios sino de herramientas, por un lado y, por otro, la creación de objetos con un evidente significado (diversificación de instrumentos líticos musterienses, denticulación; pendientes, navajas, cuchillas y hachuelas chatelperronienses; abalorios, pinturas, objetos enmangables solutrenses) y que, adicionalmente, evolucionan en tiempos muy breves en relación con las industrias líticas que les sucedieron.

EL SEXO INFRAVALORADO

En esta obra Diez deja clara su simpatía por la hipótesis del papel que desempeña el intercambio de sexo por alimentos en la evolución. Se trata de una vieja idea que sostuvo Owen Lovejoy (a quien, por cierto, no cita) en los años setenta [Johanson y Edey 1993: 354-376] y que fue confiada al equipo de la Universidad de Berkeley (Tim White y Maytland Edey) encabezado por Donald Johanson a inicios de 1980. La hipótesis, basada en el desgaste energético para el cuidado de los críos, sostiene que el éxito reproductivo de los homínidos se cifra en los cuidados maternos y paternos para un crío, los cuales son tan eficientes como una ovada de miles de huevecillos; y más cuando los cuidados requieren la cooperación de los padres, lo cual sólo fue posible en el interior de una pareja que se mantenía unida gracias al intercambio de sexo, por parte del miembro femenino de la pareja, por los alimentos y cooperación que podía aportar el miembro de sexo masculino.

Esta idea, si bien podría parecer sólida, aunque con muchas reticencias, hacia el inicio del último cuarto del siglo xx hasta la primera década del siglo xxi era insostenible.

Las razones para oponerse a un planteamiento como el anterior son las siguientes: *a)* los homínidos, como evidencian las huellas de Laetoli descubiertas por Mary Leakey, fueron gregarios, y no podían serlo de otra forma, dada su dotación genética anatomofisiológica; *b)* la sexualidad característica del Homo, si bien posibilita la cópula exclusiva (merced al efecto dopamínico que las endorfinas ocasionan, incluso produciendo apego como consecuencia de la oxitocina en el torrente sanguíneo), no impide la cópula con otros miembros del grupo; *c)* el efecto dopa y el apego oxitocínico no son, por regla general, prolongados, lo que lleva al cambio de parejas, y esto sólo es posible dentro de un grupo donde haya machos y hembras disponibles; *d)* el contacto, el acicalamiento físico o verbal, como propone Dunbar [2007: *passim*], aunado a cierta tolerancia a la intromisión, posibilitan el apego, la alimentación de los críos y la permanencia en grupo, *ergo*, el grupo y no la pareja garantizan de mejor manera la supervivencia de los críos y su llegada a la etapa reproductiva indispensable para la supervivencia de la especie; *e)* presupone que los machos cooperaban bajo el supuesto de que los críos de la hembra-pareja debieron ser sus propios hijos, como adicionalmente criticaron Richard Leakey y Roger Lewin [Leakey y Lewin 1994: 99-101]; *f)* en ello se trasluce cierto prejuicio judeocristiano detrás de la idea de la pareja monógama y la paternidad compartida, un constructo que sólo elaboraría aquel homínido capaz de categorizar las relaciones, reproducirlas y hacerlas aceptables dentro del grupo, y ése, ése es el hombre (y epistemológicamente no se puede demostrar la causa con el efecto).

La cópula tiene su recompensa en sí misma y no existe evidencia de que se encuentre fuera de ella, como suponen que lo es el intercambio de alimentos por “favores” sexuales: flaco favor se hace a la sexualidad femenina y a su condición histórica (prostituta en sus orígenes y mucho más acá), y grave sentencia se hace al macho humano, porque sus únicas posibilidades de apareamiento serían dadas por sus habilidades como proveedor, como “comprador de favores”; y se omite algo, aunque este algo apareció (en tanto que primero se elaboró y más tarde se pensó) milenios después: los procesos de enamoramiento (más hormonal que racional y axiológico; más emocional que sentimental) y de amoramiento (construcción del amor) [Alberoni 2004; Simone 2004; Casacuberta 2000; Evans 2002]. Una idea similar, aunque con significativas variantes, deambula entre algunos intelectuales, sobre todo españoles: las hembras, en el proceso evolutivo, seleccionaron machos cooperadores para aparearse con la finalidad de

tener un aliado en el cuidado del crío y para que los ayudara a ambos (madre y crío) en la etapa del posparto, cuando la hembra está menos capacitada para defenderse debido al desgaste natural del parto [Rodríguez 1999]; *ergo*, el macho fue seleccionado por la hembra entre machos agresivos y egoístas: prefiriendo a los machos mansos y cooperadores a los que a cambio recompensó con cópulas, toda vez que ella es receptiva y él siempre tiene deseos de apareamiento... ¡flaca valoración del papel de la mujer en la evolución humana!

DARWIN PARA PRINCIPIANTES

Todo esfuerzo de síntesis conlleva riesgos. Diez decidió correrlos, lo que es elogiabile. Uno de los riesgos puede ser la reducción, y en su obra hay un dejo reduccionista en relación con las ideas generales del transformismo darwiniano, según el cual, sobre la idea de cierta perspectiva malthusiana (sugiere Diez en su síntesis de la teoría transformista en Darwin), el vallisoletano propone que el mayor peso —o punto de arranque— de la evolución se encuentra en el crecimiento poblacional y la lucha entre las especies por bienes escasos [Malthus 2010], como si el crecimiento poblacional de una especie estuviese condicionado sólo por su éxito reproductivo, a saber:

(1) Llega un momento en que la población de una especie dada es demasiado grande y los recursos del medio ambiente no son suficientes para mantener a todos sus individuos; (2) es inevitable que se inicie una competencia entre ellos por el acceso a esos recursos; (3) cada individuo es único y diferente a los demás, todos ellos cuentan con ventajas o desventajas en esa competición: sólo aquellos que dispongan de los rasgos más ventajosos podrán sobrevivir (éste es el mecanismo que explica la “selección natural”); y (4) los rasgos que han sido ventajosos en ese proceso se transmitirán a la generación siguiente [Diez 2014: 26-27].

Lo cual implica que todo se debe a la superfecundidad de una especie que nunca alcanza una estabilidad numérica y sólo enfrenta un entorno de recursos limitados; tampoco hay espacio significativo para la recombinación genética, aunque sí para la heredabilidad de caracteres (reproducción diferencial); es decir, poco tiene que ver el entorno, y su lectura de Darwin es tan lineal que no deja nada de espacio al azar (creador), a la vez que endilga a Darwin la idea de que los fenotipos ventajosos —ex aptados, diríamos— siempre se transmiten ineluctablemente (esa idea de que siempre

se va de lo simple a lo complejo) y, por ende, el papel del genotipo es irrelevante [García 2013]. En tiempos del pensamiento complejo, el orden —por lo general— es sujeto de sospecha; además, el espacio para la mutación, el flujo génico, la recombinación (mecanismos de variabilidad) y la selección sexual (mecanismos de fijación), ya perfilados por el británico, están limitados o ausentes.

MALGRÉ TOUT, O LAS VIRTUDES EVIDENTES

Ninguna obra es perfecta, afortunadamente para la ciencia, el deporte y el arte. La inerrancia sólo es cuestión de teología, por ello el esfuerzo de Diez es formidable: intenta poner orden entre diversas propuestas filogenéticas que desembocan en el *H. Sapiens*, conciliar el evolucionismo con evidencias paleoantropolíticas, paleontológicas, históricas, anecdóticas y prehistóricas, y lo hace muy bien. Logró confeccionar un libro que “se deja leer muy bien”, aunque con alguna metáfora (carestía, por escasez) desafortunada [Diez 2014: 158], una tasación generacional en lapsos de dos años [2014: 145], algún dejo lamarckiano o engelsiano,¹ la idea del carroñeo en la misma base-hogar, sin usar el fuego para ahuyentar depredadores [Diez 2014: 121], el contrato conyugal del *H. Ergaster*,² o un descuido del corrector de estilo, lo que carece de importancia, ya que no tiene ningún efecto en la calidad del escrito. En efecto, la mayor virtud del libro permanece: es conciso, amable con el lector, bien documentado y alejado de la petulancia científicista; por ello, quienes pretendan profundizar en los procesos de hominización y humanización habrán de encontrar en esta obra un auxiliar invaluable para emprender ese farragoso camino que nos ha llevado a ser —a los seres humanos— el único homínido sobreviviente en lo que, por lo que se sabe hasta el momento, es su único mundo posible.

¹ Literalmente, Diez dice: “hemos llevado a cabo una total reestructuración de nuestro esqueleto y nuestros músculos para satisfacer las necesidades de la marcha erguida”; ‘La necesidad crea al órgano’, escribiría Engels” [Diez 2014: 51; Engels 2005].

² El autor entrevisté que, ante una infancia prolongada de los críos y la necesidad de cooperación de los engendadores para garantizar la supervivencia del hijo, las hembras utilizaron el sexo como mecanismo de “retención” del macho... ¡Como si las hembras *ergaster* estuvieran enteradas del proceso de cópula-concepción-embarazo-parto, es decir, de la paternidad-maternidad! [Diez 2014: 133].

REFERENCIAS

Alberoni, Francesco

2004 *Enamoramiento y amor*. Gedisa. México.

Casacuberta, David

2000 *¿Qué es una emoción?* Crítica. Barcelona.

Dunbar, Robin

2007 *La odisea de la humanidad. Una nueva historia de la evolución del hombre*. Crítica. Barcelona.

Engels, Federico

2005 *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*. Colofón. México.

Evans, Dylan

2002 *Emoción, la ciencia del sentimiento*. Taurus. Madrid.

García Leal, Ambrosio

2013 *El azar creador*. Tusquets. México.

Johanson, Donald y Maitland Edey

1993 *El primer antepasado del hombre*. RBA Editores. Barcelona.

Leakey, Richard y Roger Lewin

1994 *Nuestros orígenes. En busca de lo que nos hace humanos*. RBA Editores. Barcelona.

Malthus, Thomas Robert

2010 *Primer ensayo sobre la población*. Minerva. Madrid.

Rodríguez, Pepe

1999 *Dios nació mujer*. Ediciones B. Barcelona.

Sabater Pi, Jordi

1992 *El chimpancé y los orígenes de la cultura*. Anthropos. Barcelona.

Simone, Andreae

2004 *Anatomía del deseo*. RBA Editores. México.

Topete Lara, Hilario

2006 *Protocultura en el traspasato*. Ponencia presentada en las Terceras Jornadas de Evolución y Cultura. Escuela Nacional de Antropología e Historia. México.

2008a Hominización, humanización, cultura. *Contribuciones desde Coatepec*, 15, julio-diciembre: 127-155.

2008b Túneles del instinto y hominización. *Ciencia Ergo Sum*, 15, noviembre-febrero: 333-343.